

Rafael Conte

El pasado imperfecto

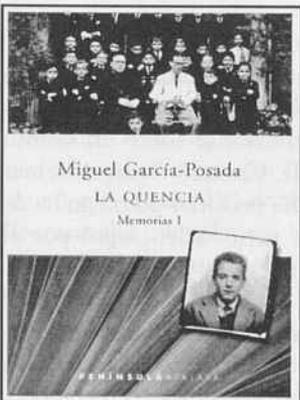
Madrid: Espasa-Calpe, 1998

Miguel García-Posada

La quencia

Madrid: Alfaguara, 1999

La institución crítica y la memoria



EN UNA CARTA a Rogelio Buendía de 1923, Fernando Pessoa reflexiona sobre la crítica literaria en Portugal con la franqueza del lenguaje privado y la lucidez de la inteligencia libre: «Não vale a pena mandar o seu livro a 'criticos' nenhuns em Portugal. Ha aqui uma scisão quasi completa, senão completa, entre o jornalismo ou periodismo e a superioridade intellectual. Ha notaveis temperamentos criticos, mas nunca escrevem em jornaes -por vezes será mais justo dizer que em absoluto não escrevem. Ha muita gente culta em Portugal, mas não ha *meio culto*. A cultura em Portugal é de individuos, não de grupos, e esses individuos vivem quasi separados, ás vezes mesmos de sipropios».¹

El catastrofismo de Pessoa debe leerse desde la tendencia aflictiva de su prosa privada, lo que incluye aceptar su vocación de escritor reacto a la fraternidad piadosa. Sin embargo, lo que observa Pessoa afecta sobre todo a una institución cultural -la crítica- antes que a la precariedad de los críticos como tales, uno a uno. En rigor, denuncia la incapacidad de la sociedad literaria para asimilar las voces mejores, bien por renuncia de éstas -alérgicas a la banalidad del papel prensa-, bien por rechazo de los propios medios a niveles de exigencia más altos.

Casi todos los que han escrito -en prontos airados o en artículos meditados- sobre la crítica de oficio, periodística, suelen coincidir en un dibujo donde la crítica literaria revela su fragilidad como institución cultural en la España contemporánea: sus déficits son crónicos, su inconsistencia difícil de rebatir y los mecanismos de su mejora son pasto de arbitristas de café. La fórmula retórica más usual para subrayar su descrédito es

precisamente el recurso de la excepción: a honrosas salvedades, o a excepciones contadas, se suele aludir como única vía de absolución del que condena a la crítica *in toto*.

Es un expediente retórico simple pero muy revelador. Ese hábito condenatorio y parcialmente absolutorio -la excepción- se ha convertido en ley tácita desde hace muchos años, en España. Es posible que esté sucediendo una de estas dos cosas: o bien se ha fosilizado una idea, convertida en rutina mental y descalificadora, o bien la insistencia y el acuerdo común de la sociedad literaria están señalando un déficit profundo.

Es mal síntoma que la misma crítica haya tolerado, como animal malherido, un ejercicio de agresividad e higiene cultural, de fabricación fácil pero metódica, como el que estampó Víctor Moreno en *De brumas y de veras*.² Seguramente lo ha tolerado porque rebatir ese inventario de pifias, manías y contradicciones exigía reconsiderar histórica e intelectualmente el comportamiento de la crítica literaria periodística desde la guerra. Exigía, de hecho, el libro que no existe sobre el avatar profesional, histórico e ideológico de la crítica contemporánea: relatar su subsidiariedad, razonar su incompetencia técnica, narrar sus hipotecas, declarar sus desidias, trazar las biografías intelectuales, exhumar los sistemas de cooptación, verificar su prosperidad profesional, su influencia en el propio medio o en medios ajenos, o la construcción de su propio discurso.

Dos críticos han sido en 1998 biógrafos de sí mismos en sendos tomos memorialísticos: los dos son conocidos exclusivamente como críticos literarios, personajes que firman sus artículos en la prensa desde hace muchos años y con regularidad estable. Ambos han intercambiado más de una vez los medios para los que han escrito, pese a los antitéticos perfiles ideológicos de diarios como *ABC* y *El País*. La presunta neutralidad política e ideológica de la crítica de libros parece autorizar sin ningún desmayo ni aprensión culta esos trasvases mediáticos entre profesionales: dado el acuerdo tácito sobre la naturaleza técnica, neutral, del oficio, resulta indiferente la identidad política del medio para el que se escribe hoy la crítica, del mismo modo, presumo, que es indiferente también la personalidad política del crí-

tico: ambas diluidas, ambas intercambiables. Por lo demás, de ninguno de los dos libros es posible extraer un autorretrato político matizado, una radiografía ideológica, una teoría de convicciones estables o rechazables: son territorios abandonados a la aspereza de lo indirecto o medio aludido, a la insolencia del desplante verbal en el caso de García-Posada o la sutileza despectiva en el caso de Conte. Pero ninguno de los dos autores ha abordado la vida moral -en ese sentido de Gabriel Ferrater que engulle poco menos que la vida entera- de las personas que escriben.

El pasado imperfecto es el título de Rafael Conte y *La quencia* es la grafía española de Kentia que ha improvisado Miguel García-Posada para rotular el primer tomo de su trilogía memorialística. De ambos se extraen lecciones para entender qué ha sido la crítica de periódicos. En mi lectura, muy interesada como curioso y como crítico accidental, no sólo no desmienten la inconsistencia de la crítica como institución, sino que la encarnan directa e indirectamente, incluso ayudan a comprender algunos de los componentes y circunstancias más característicos de nuestra crítica. No me parecen excepciones en ningún sentido: más bien entiendo ambos libros como expresiones paradigmáticas de la desatención o la indolente pasividad que la crítica practica consigo misma. La factura misma de los libros, las decisiones que hay detrás de la elección de un formato, o un discurso, o un estilo, o una materia, transmiten también un modo de comprender la institución como ausencia, o como mero espectro cultural sin identidad ni función.

La cartografía de la crítica desde la guerra está por hacer y, por tanto, sólo me detengo en estos libros como pretextos para reflexionar sobre un asunto vivo, y por vivo mudable. Cuando George Steiner decidió contar su biografía personal -su biografía de crítico, aunque no sólo periodístico- optó por el modelo más suculento, arriesgado y valiente: impuso su orden de lector con biografía moral y trazó el itinerario de una experiencia culta, compleja y matizada. Razonaba con ella un modo de abordar la lectura y la reflexión sobre la lectura y, en el fondo, construía un itinerario de experiencia hecha de literatura y escritura, de tiempo de sedimentación y reacción inmediata -o más larga-. El resultado fue

Errata (1997) que es un ejercicio intelectual subyugante, pero no necesariamente imitable o suscribible en cada una de sus elecciones de gusto o de criterio. Sí fue en cambio un modelo de concepción de las memorias de alguien cuya autoridad no está en el tono o la impostura de la voz sino en el crédito y el valor que el lector le otorga -más allá de la aptitud persuasiva de su estilo o su empeño en defender convicciones muy particulares, que a veces son guiños de suficiencia inteligente (por ejemplo, creer en la imposibilidad ontológica y metafísica de un creador del futuro superior a Shakespeare).

Los dos críticos españoles han optado por formatos de autobiografía mucho menos exigentes y también mucho más planos y convencionales. En el caso de Conte la narración contiene su experiencia como periodista y su trato con las distintas redacciones, personas y personajes que han poblado un amplio sector de las letras españolas desde la posguerra. El interés intelectual del libro pivota en la adjetivación estudiada de una obra o de un escritor, la anécdota más o menos reveladora o la evocación de una revista mejor o peor conocida hoy. Son memorias muy próximas a la crónica de lo vivido en el ámbito profesional.

El modelo de García-Posada ha sido otro. En lo que lleva editado el crítico hemos sabido de su infancia hasta alcanzar las vacilaciones de la primera juventud. Pero produce un notable estupor comprobar el lugar subsidiario que la literatura como experiencia moral ha ocupado en su biografía de joven lector. Producen alguna sorpresa páginas como la 138 (donde se dice que leyó el Quijote con ocho años "y me había gustado"), o la página 160, donde se desautoriza una secuencia famosa -y muy mal entendida- de *Tiempo de silencio* descalificando un retrato paródico de Ortega por "malicioso, desdichado y ruin", o la página 181 donde lo que se predica de las lecturas del joven es que hubo libros que "le gustaron", "le encantaron" o le "entusiasmaron".

Ambos libros tienen motivos de interés específicos y limitados: el uno como crónica ágil y en algún punto chismosa del mundo del periodismo franquista -valor de documento histórico- y el otro como proyecto de reconstrucción de una intimidad recluida. Sin embargo, ninguno de los libros instruye

en torno a la profesión intelectual a la que han dedicado la misma vida que cuentan en sus respectivos libros: la ausencia de meditación sobre el valor adquirido, sobre el aprendizaje, es poderosamente llamativa en tanto que el lector no sabe si ese silencio es reserva discreta o es simplemente vacío intelectual, desinterés especulativo sobre la fragua personal como escritores, o como críticos. En ambos autores el valor de la crítica como actividad intelectual está ausente, aunque haya sido la revisión de la propia biografía lo que han emprendido. Se ha desechado la tentación saludable de la autocrítica y a cambio se ofrece en un caso una revisión complaciente del propio avatar profesional y en el otro una muy exigua cuenta de deudas intelectuales y morales.

Lo más chocante no está en la elección del formato y los núcleos temáticos de cada autor: la redacción de unas memorias, como la de cualquier libro, es fruto de una elección y forma parte del designio mismo del libro. Lo revelador para la historia cultural es la inhibición de ambos críticos con respecto a la raíz única de su oficio -su formación como lectores y escritores- y aún su desinterés ante el descrédito generalizado de la crítica como institución. Desde luego, no es un virus finisecular ni tiene nada de novedad del día: es más bien una condición necesaria de la crítica la capacidad para engendrar rechazos y malquerencias. Pero ni Conte ni García-Posada se detienen en esos recelos, quizá por saberse excluidos de la prosa incendiaria de algunos narradores contra la crítica, o tal vez por considerar que un libro memorialístico es lugar inhóspito para meditar sobre las condiciones y las lecciones de una vida dedicada a leer y escribir sobre libros.

Pero tampoco son el mismo libro. En Conte sí asoma la meditación sobre el valor de experiencia de la lectura y la crítica, aunque sea con rapidez y algún talante aforístico. Y es muy temprana en el libro una afirmación rotunda: "quiero dejar clara una cosa desde ahora: lo único que me importa en la existencia es la literatura y la ética" (p. 32). Pero quizás es justamente esa confesión la que ahonda la nostalgia de encontrar bien armada una vertebración sosegada, interior, del sentido de esa existencia libresca. Y aunque no olvido las anotaciones diarísticas, especulativas y abstraídas, de *Robinson o la imitación del libro* (1985), el papel de Conte en la historia de la crítica

reciente explica la ansiedad de saber algo mejor las razones de una devoción (Miguel Espinosa, por ejemplo), o la aspiración a algo más que la confianza sintética sobre su "inmoderado y acrítico afán de leer" (p. 95).

De la biografía de los dos críticos apenas se puede intuir su experiencia moral forjada con y contra lo leído, la sedimentación de uno mismo y las elecciones forzadas por virus que han sido inoculados desde libros o desde películas, desde el arte o la decepción de la vida adulta. Esa materia inscrita en el ADN de todo lector maduro comparece tan indirecta y tangencialmente en ambos memorialistas que su mejor virtud sólo puede ser la informativa, pero no la analítica: su virtud es exterior, histórica o social, pero apenas nada conoce el lector de la experiencia intelectual que significa entrar y salir de nuestra propia vida moral con libros de por medio. Entiendo, por tanto, su inhibición en torno a la función crítica y valor de experiencia como delator involuntario de la inconsistencia de la institución misma en la España contemporánea. No creo que ambos autores sean sólo testimonios casuales: me parece que deben leer-

se como señales de fondo, indirectas, simbólicas, de algo seguramente peor, la indigencia intelectual de la crítica como institución. Si las memorias son a menudo el lugar de un ajuste de cuentas, estas memorias dejan las cuentas de la crítica abiertas y precarias.

Jordi Gracia

Notas

¹ Separata de *Espacio/Espaço escrito*, 13 y 14 (primavera de 1997), p. 13, carta fechada el 15 de septiembre de 1923, transcrita según la ortografía del original pessoano.

² Pamplona, Pamiela, 1994. Carlos Pujol, crítico literario y escritor, valoró positivamente ese volumen desde las páginas de los periódicos; el artículo está recogido en *Tarea de escribir*, Pamplona, Pamiela, 1998. En cambio, el libro de M. L. Vallejo Mejías sobre *La crítica literaria como género periodístico* (Pamplona, EUNSA, 1993) sirvió un análisis donde la credulidad y la benevolencia se mostraban aliados insuficientes para desbrozar las razones de la precariedad de la crítica.